



LA ELECTRICIDAD.

Aquellos de mis lectores que hayan pasado este verano en San Sebastian, recordarán una tronada horrorosa que hubo una noche de Agosto.

Los truenos se sucedían sin interrupción, llevando el espanto hasta el fondo del corazón de los menos tímidos.

El fragor de los relámpagos, el atroz ruido de los truenos y el fatídico tableteo que seguía á la detonación principal, hacia despertar al hombre de sueño mas profundo, é impedía dormir al mas necesitado de este reparador descanso.

En una casa de la calle de Narrica, vivía una familia compuesta de un matrimonio y dos niños, varón y hembra.

La mayor se llamaba Mercedes, y el menor Antonio.

Cuando empezó la tempestad hacia una hora que todos se habían acostado.

Mercedes fué la primera que se despertó asustada por el espantoso ruido de un trueno, y sobrecogida del miedo quedó callada.

Antonio, que se despertó en seguida, mas animoso, expresó el suyo llamando con voz sobresaltada á su mamá que dormía en la alcoba inmediata.

Apenas contestó la mamá, los niños, tranquilizados en parte por su cariñoso acento, saltaron de sus camas y se fueron á todo correr á buscar á su lado un refugio contra el miedo.

Cuando ya estuvieron todos reunidos, les parecía menos temible la tormenta, pero no por eso dejaban de tener mucho respeto á los rayos, que á cada momento les parecía iban á ver caer en la habitación, ó lo que aún sería mas espantoso, sobre sus cabezas, dejándoles instantáneamente no solo muertos, sino completamente carbonizados, lo cual no dejaba de desagradar doblemente á Merceditas, que se había oído llamar muchas veces bonita, y no se conformaba con un cambio tan brusco.

La mamá, que había recibido una educación esmerada en un colegio de Alemania, trataba de apartar de sus corazones todo temor.

—El rayo, les decía, es la descarga eléctrica que se efectúa entre una nube

tempestuosa y el suelo. Vosotros sabéis que la electricidad es una cosa que no se puede explicar aunque se siente, y que se manifiesta por el frotamiento, por la presión, por las combinaciones químicas, por el calor, por la luz, por atracciones y repulsiones maravillosas, por conmociones violentas, y por otra porción de fenómenos. También sabéis que en la electricidad existen el fluido *positivo*, ó sea el semejante al que se desarrolla frotando el vidrio con un paño ó una piel de gato, y el fluido *negativo* que es el correspondiente al que se desenvuelve en la resina ó en el lacre en idéntico caso.

Cuando vayamos á la apertura del próximo curso en que tú, Antoñito mio, vas á empezar tus estudios de latin, veremos con los aparatos en la mano que las electricidades del mismo nombre se rechazan, y las de nombre contrario se atraen.

Por eso, estando las nubes cargadas de una electricidad y poseyendo el suelo la otra, tratan de juntarse lanzándose la vítrea, que parece ser la que toma siempre la iniciativa, en busca de la resinosa.

—¡Ay mamá! pues yo tengo miedo de que la electricidad de la nube venga á buscar la mia y se lleve con ella la vida, dijo Antonio, que á pesar de su corta edad tenia una gran penetración y muy claro discernimiento.

—No tengas cuidado, contestó la madre, sonriéndole para serenarle; tu electricidad está mucho mas lejos de la nube que la de las casas que nos rodean. Sin embargo, si todavía quieres estar mas seguro, colócate en medio de la habitacion, ó mejor aún, envuélvete en aquella colcha de seda, tapándote la cabeza. La seda estorba la union de las

electricidades, y puedes estar bajo ella tan tranquilo como á cien leguas de la tempestad.

Acababa de pronunciar la mamá estas palabras, cuando un espantoso trueno seco se hizo oír, y en el mismo instante se esparció por toda la casa un olor muy pronunciado á azufre y fósforo.

—¡Debe haber caído un rayo muy cerca de aquí! pensó instintivamente Mercedes, y lo expresó en voz alta.

—En efecto, que el olor que se nota es el que se produce frecuentemente cerca del sitio en que salta la electricidad y que se atribuye á la electricización de uno de los componentes del aire, el oxígeno que ya conocéis.

—Mamá, ¿no es verdad que el rayo mata á los hombres y los animales, inflama las materias combustibles, funde los metales y hace pedazos algunas cosas que encuentra en su camino?

—Sí, hija mia.

—Pues entonces, si cayese un rayo en el barco del tío, que á estas horas estará en medio del mar, ¿se rompería el barco y él caería al agua?

—Y si cayese en el polvorin del castillo que visitamos ayer, ¿se inflamaria la pólvora y volaríamos todos?

—No, hijos míos, no. No tenemos que temer ninguna de las dos cosas, porque el barco y el polvorin tienen unos aparatos que observásteis ayer cuando me preguntásteis qué eran unos hierros largos que tenían encima algunos edificios del castillo. Os dije que eran pararrayos; y en efecto, son unas defensas que el hombre emplea contra los rayos, porque así como el azufre, la resina, la goma laca, el cautchú, la gutapercha, la esencia de trementina, la seda, el cristal, las piedras preciosas, el carbon

no usado, los aceites, los gases secos se oponen al paso de la electricidad, los metales, la pasta del lápiz, plomo, el carbon de piedra, el de madera bien calcinado, el vapor de agua, los vejetales, el cuerpo humano, el aire húmedo, no solo la dejan paso, sino que la conducen como de la mano por toda su extension. Por eso en los barcos y en los edificios que se quieren preservar del rayo, se ponen esos hierros que se prolongan hasta el suelo por medio de barras ó de cadenas. En los barcos es al agua á la que se hace este regalo.

Mientras duró esta conversacion, la lluvia comenzó con fuerza y los truenos se fueron haciendo mas raros y menos ruidosos. El relámpago brillaba con menos frecuencia, y todo volvía á recuperar su calma habitual.

Los niños, ya casi tranquilos, se volvieron á sus camas para no estorbar por mas tiempo el sueño de su mamá,

aunque sin abandonar, por lo que pudiera suceder, las colchas de seda de que se habian apoderado.

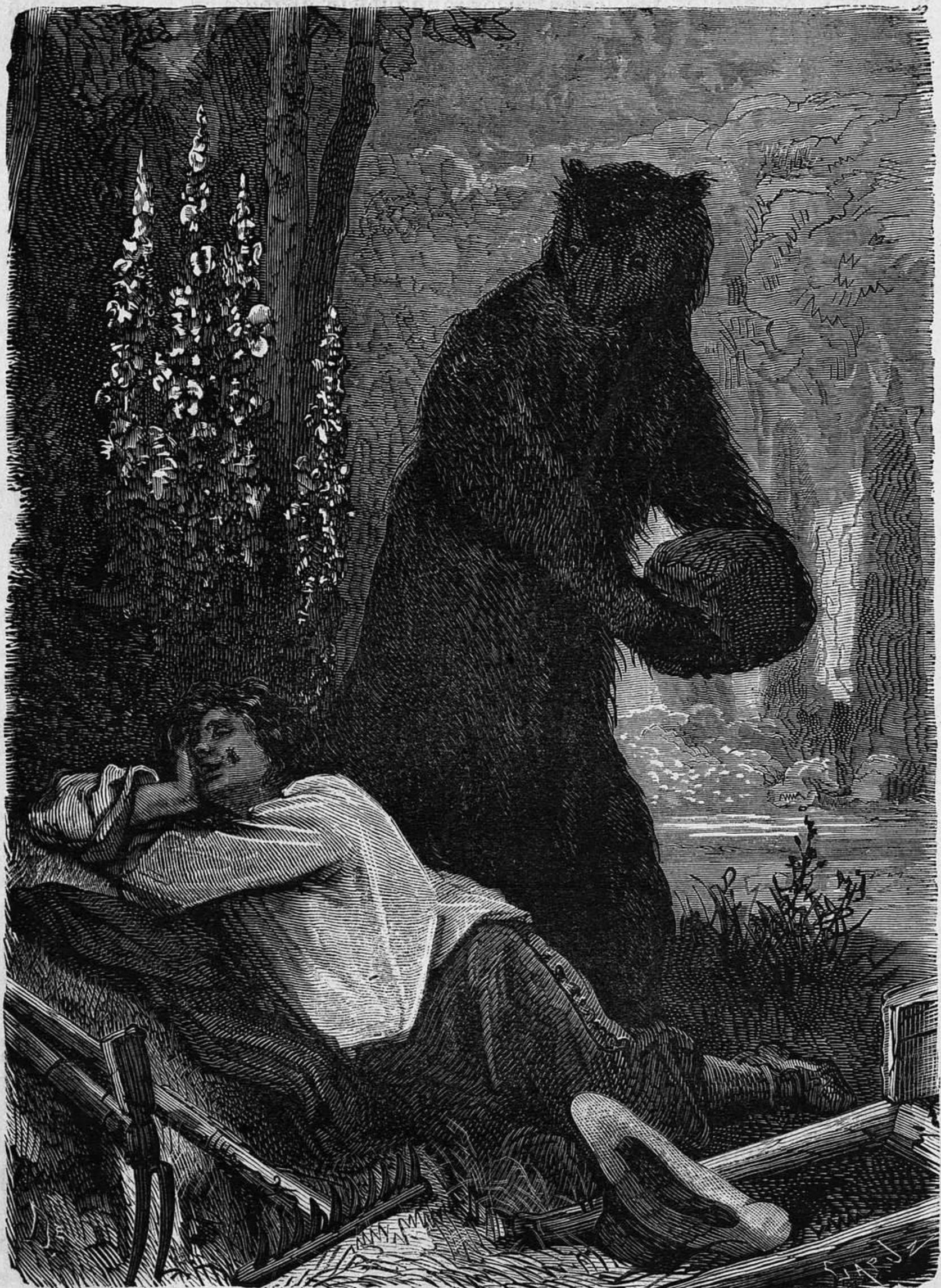
Cuando amaneció, el dia estaba sereno y el cielo tan límpido que nadie hubiera podido sospechar la terrible catástrofe de la noche anterior si los centinelas del castillo y algunos marineros no hubieran asegurado que habian visto caer siete rayos en los pararrayos del castillo y en dos casas de la poblacion.

Hácia las ocho de la mañana nuestros amigos salian para el baño. Enfrente del cafe de la Marina encontraron á un chico que enseñaba un tubo de piedra cristalina que acaba de arrancar del suelo cerca de la casa en que la noche antes habia caído un rayo. Era una *fulgurita* producida por la fusion de materias silíceas que habia causado el rayo al introducirse en la tierra.

RAFAEL DE SANTISTEBAN Y MAHY.



Proverbio en accion.—A un cobarde, otro mayor.



EL OSO Y EL JARDINERO.

EL OSO Y EL JARDINERO.

FÁBULA.

Allá en los tiempos de antaño
cierto jardinero habia,
que por ser de génio huraño,
ni un solo amigo tenia.

Una vez encontró un oso,
que en lugar de acometerle,
llegósele cariñoso
fiestas y halagos á hacerle.

—Este es mi amigo, pensó;
tengo un amigo por fin.—
Y consigo le llevó
á vivir en el jardin.

Y en la mejor armonía
vivieron los dos unidos,
que eran los dos á fé mia
en el génio parecidos.

El oso con mucho esmero
en su labor le ayudaba,
y el sueño del jardinero
con solicitud velaba.

Una tarde que dormia
el hombre muy descuidado,
el oso, como solia,
despierto estaba á su lado.

De pronto ve que se posa
en la cara del dormido
una avispa, que furiosa
va á picarle en el oido.

Y el oso, lleno de saña,
viendo en tal riesgo á su amigo,
va y una piedra tamaña
coje en menos que lo digo;

Sobre la avispa atrevida
descárgala con fiereza...

y al amigo de su vida
me le aplastó la cabeza.

*Bueno es amigos tener
y en la amistad ser constante,
mas no vayais á querer
por amigo un ignorante,*

C. FRONTAURA.

EL SEÑOR TRABAJO.

En cierto pueblecito habia un niño,
al cual le llamaban Flor de Lirio, por-
que tenia la delicada blancura del lirio
y parecia como él, creado solamente
para lucir y brillar. Era muy pequeño
todavía, cuando su madre resolvió ale-
jarle de su lado para entregarle á los
cuidados de un maestro de escuela muy
severo, conocido en el mundo bajo el
nombre del señor Trabajo. Los que ha-
bian tratado al señor Trabajo, afirma-
ban que era un hombre muy bueno,

tanto para los niños como para las de-
más personas. Lo cierto era que debia
tener mucha experiencia, habiendo na-
cido, segun decia la historia, el mismo
dia en que Adan y Eva fueron arrojados
del Paraíso.

Es menester convenir, sin embargo,
en que el señor Trabajo tenia un as-
pecto muy grave y bien poco agrada-
ble para aquellos niños muy inclinados
siempre á la pereza.

Su voz era dura, y todas sus mane-

ras desagradaban altamente á nuestro amigo Flor de Lirio. Y en efecto, el viejo y terrible maestro, pasaba todo el día, bien sentado delante de su pupitre observando á sus discípulos, ó paseándose por la clase, con una varita en la mano, larga y flexible, la cual era bien poco tranquilizadora.

Aquella varita la hacia sentir á aquellos á quienes sorprendia jugando ó no sabian la leccion, y á todo aquel, en fin, que no se resignaba á no levantar nunca inútilmente la vista del libro, pues no habia que esperar ni un instante de reposo en la escuela del señor Trabajo.

—Pues señor, á mí esto no me agrada, dijo el niño el primer día.

Hasta entonces no se habia separado de su madre, cuyo aspecto era muy diferente del terrible del señor Trabajo, y era una madraza que le trataba con la mayor indulgencia. No se debe extrañar por lo tanto que el niño encontrara muy duro no hallarse al lado de su madre, y verse por el contrario bajo la férula de aquel maestro de figura poco agradable, que nunca le habia dado ni un pastel ni una manzana, y que parecia estar convencido de que los niños no tenian que hacer mas que aprenderse bien sus lecciones.

—¡Ya he visto bastante! se dijo á la semana de haber entrado en la escuela. Es menester que me escape de aquí. ¡Me volveré á la casa de mi querida mamá, en donde estoy seguro de que no veré una cara tan desagradable como la de ese viejo señor Trabajo!

Dicho y hecho. El día siguiente por la mañana muy temprano se salió del colegio y se puso en camino, sin mas que un poco de pan y queso para almorzar, y tan poco dinero en el bolsi-

llo, que apenas le bastaria para el viaje. A los pocos momentos de ponerse en camino encontró un personaje de agradable y pacífica apariencia, que seguia la misma direccion.

—Buenos días, hijo mio, le dijo el desconocido con voz dulce y cariñosa; ¿de dónde vienes, y adónde vas tan temprano?

El chico tenia una buena cualidad, y era que no sabia mentir. Así es que, aunque con cierto temor al principio, le contó que se habia escapado de la escuela del señor Trabajo, y que habia resuelto buscar un sitio en donde no estuviese aquel tremendo maestro ni se hubiera oido hablar nunca de él.

—Muy bien, hijo mio, respondió el viajero; entonces podemos ir juntos, porque yo conozco tambien demasiado al señor Trabajo, y desearia encontrar una parte en donde no le conocieran.

Nuestro amigo hubiera preferido mejor un compañero de su edad, con el cual hubiera podido ir por el camino cogiendo flores y corriendo tras las mariposas. Sin embargo, no le faltaba buen juicio, y comprendió en seguida que para recorrer el mundo le seria útil un hombre de experiencia. La proposicion fué, pues, aceptada en seguida, y continuaron juntos el camino.

Habrian andado cierto trecho, cuando se encontraron en un campo en donde todo era animacion; unos cortaban la yerba, otros la ponian á secar al sol, y el niño respiraba con delicia el aroma del campo, y consideraba en su interior cuánto mejor era contemplar el sol y el hermoso azul del cielo, que estarse aprendiendo leccion sobre leccion, encerrado en una clase, oyendo reñir al señor Trabajo.

Discurriendo de este modo se habia

detenido, y contemplaba aquel hermoso campo con cierto placer, cuando de pronto se volvió, y agarrando la mano de su compañero exclamó:

—¡Vámonos! ¡vámonos de prisa antes de que nos vea!

—¿Quién? preguntó el extranjero.

—El señor Trabajo, el maestro de escuela. ¿No le veis allí, en medio de aquellos campesinos?

Y al mismo tiempo designaba á un hombre de edad avanzada, el cual parecía ser el propietario de aquel campo. Estaba en mangas de camisa, trabajaba sin descansar, y gruesas gotas de sudor corrían por su frente. No dejaba su faena ni un instante, y no cesaba de gritar á sus hombres que aprovecharan la fuerza del sol. Pero, ¡cosa singular! el rostro del viejo labrador era exactamente igual al del señor Trabajo.

—No temas nada, hijo mio, dijo el desconocido. Ese no es el señor Trabajo, el maestro de escuela; es uno de sus hermanos. Este es agricultor, y segun he oido decir, no es el mas amable de los dos. Tranquilízate, por lo tanto, pues no tienes motivo para inquietarte, á menos que te guste ser labrador como él.

A pesar de lo que le decia el extranjero, no dejó el niño de experimentar cierta alegría cuando perdió de vista al viejo labrador, que tanto se parecia al señor Trabajo. Siguieron adelante, y llegaron á un sitio en donde habia una infinidad de carpinteros ocupados en construir una casa.

El chico se detuvo. ¡Le gustaba tanto verles manejar sus largas hachas, las sierras, los escoplos y los martillos! Al contemplar á los carpinteros, le dieron ganas de coger la sierra y el

cepillo y hacerse una casa. Porque consideraba que cuando estuviera en ella no podria venir el señor Trabajo á atormentarle.

Se hallaba discurrendo sobre esto, cuando de pronto asió de nuevo bruscamente y lleno de terror la mano de su compañero.

—¡Huyamos! exclamó. Ahí está él.

—¿Quién es él? preguntó el extranjero con la mayor tranquilidad.

—El señor Trabajo, respondió. ¿Le veis allí dirigiendo á los carpinteros? ¡Es el mismo, el viejo maestro de escuela!

Entonces dirigió el desconocido sus miradas hácia donde le indicaba el niño, y vió un hombre de edad madura que tenia en la mano una regla y un compás,

Medía gruesos listones de madera, indicaba á les obreros lo que tenían que hacer, y les exhortaba á que continuaran la obra sin descanso.

Sin embargo, en todas partes en que se encontraba veían los ojos del superior fijos en ellos, y aserraban y clavaban á mas y mejor y casi con alegría.

—No, amigo mio, dijo el viajero; ese no es el señor Trabajo, el maestro de escuela. Es otro de sus hermanos: es el señor Trabajo el carpintero.

—¡Tanto mejor! dijo el chico. Pero si quereis seguiremos adelante.

Continuaron, pues, su camino, y al cabo de un rato oyeron el ruido de cornetas y tambores. En seguida aplicó el niño el oido, y propuso apretar el paso para ver á los soldados. La proposicion fué aceptada, y no tardaron en ver un regimiento con brillantes uniformes, grandes plumeros y relucientes armas. A la cabeza marchaban los

tambores y los cornetas; los primeros batiendo con todas sus fuerzas las cajas, y los segundos soplando á mas no poder.

Al son de esta música marcial hubiera ido Flor de Lirio hasta el fin del mundo. Además, pensaba que cuando fuera soldado no se atrevería el señor Trabajo á mirarle á la cara.

—¡Media vuelta á la derecha! ¡Marchen! exclamó una voz brusca é imperiosa.

Al oír esta voz se quedó espantado nuestro jóven amigo, porque habia resonado en sus oídos con el mismo acento que la que habia oído salir muy á menudo de la boca del señor Trabajo. Dirigió la vista hácia el coronel que marchaba á la cabeza del regimiento, y ¡oh fatalidad! distinguió al señor Trabajo, con el rós y las insignias de coronel, y una larga espada en la mano en lugar de la varita que usaba en la escuela.

Sin embargo, aunque era muy hermoso marchar á la cabeza de un regimiento, su aire no era menos sombrío que el que tenia cuando se hallaba en su escuela.

—¡Ah! Lo que es esta vez, sí es el señor Trabajo, dijo con voz temblorosa: el pobre niño. Vámonos, vámonos pronto, no sea que nos quiera llevar con él.

—Te engañas, respondió su compañero sin moverse; ese no es el señor Trabajo que tú conoces, es otro de sus hermanos que ha sido siempre soldado. Pero aunque tiene fama de ser muy severo, ni tú ni yo tenemos nada que temer.

—Os creo, replicó el muchacho; pero si quereis seguiremos adelante, pues no quiero nada con los soldados.

Nuestro jóven amigo y su compañero emprendieron la marcha, y se encontraron bien pronto delante de una casa construida junto al camino, y en donde parecia que todo el mundo estaba de fiesta. Se veían muchachos y muchachas de sonrosadas mejillas bailar al son de un violin.

Era el espectáculo mas agradable que habia encontrado Flor de Lirio hasta entonces, y se creyó recompensado de todas sus desventuras.

—Detengámonos aquí, dijo á su compañero: alegrarse y bailar al son del violin, hé aquí una cosa poco á propósito para el señor Trabajo: ¡aquí podremos estar tranquilos!

No habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando al dirigir la vista hácia el músico reconoció en él al señor Trabajo, que en lugar de la varita de otras veces tenia un arco en la mano, del cual se servia con tanta destreza como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

Se notaba en él cierto aire extranjero; pero aparte de esto, era el fiel retrato del viejo maestro, y parecia que al mismo Flor de Lirio le hacia señas con la cabeza para que tomase parte en el baile.

— Pero ¿qué es esto? murmuró nuestro infantil amigo, ¿el señor Trabajo está en todas partes? ¿no hay mas que él en el mundo? ¿quién habia de figurarse que le iba á encontrar aquí con el violin en la mano?

— Ese no es tu viejo maestro, dijo el desconocido, es otro de sus hermanos. Ha sido educado en Flandes, y ha aprendido á tocar el violin. Es poco estimado de su familia y se llama generalmente el señor Placer, pero su verdadero nombre es Trabajo, y aque-

llos que le conocen dicen que sufre todavía mas fatigas que sus hermanos.

—Si os parece seguiremos adelante, dijo el niño á su compañero, pues no me acaba de agradar la figura del músico.

Continuaron, pues, su camino, bien por el camino real, bien por en medio de verdes senderos, y algunas veces atravesando alegres aldeas. Pero en todas partes encontraban el rostro del señor Trabajo. Unas veces le veían en medio del campo y otras en las casas en que entraban. Bajo diferentes formas, lo mismo le veían en la cabaña que en el magnífico palacio. En una palabra, no habia sitio en donde no le encontraran.

El pobre niño se moria de fatiga, cuando vió á la orilla del camino unos cuantos hombres tendidos á la sombra. Rogó á su compañero que se detuviera para descansar un momento en aquel sitio.

—¡Ah! Lo que es el señor Trabajo no vendrá por aquí, dijo él; pues no tiene nada que hacer con los que pasan el tiempo sin hacer nada.

No habia acabado de hablar aun, cuando sus ojos vinieron á fijarse en el que parecia el mas perezoso y el mas holgazan de todos. ¡Cuál no fué su sorpresa al reconocer en él al señor Trabajo!

—Verdaderamente que el señor Trabajo tiene una gran familia, dijo el extranjero. Hé aquí otro de los hermanos del maestro de escuela. Ha sido bien educado en Italia y está acostumbrado á la pereza. Se llama *il signor Farniente*. Tiene la pretension de llevar la vida mas dulce del mundo, y en realidad es el mas miserable de la familia. No hace nada, es verdad; pero su vida

inútil para los demás y para él mismo, no es mas que un largo é interminable bostezo.

—¡Vámonos! ¡vámonos! exclamó el niño rompiendo á llorar. Puesto que no hay mas que el señor Trabajo en el mundo, mejor quiero volver otra vez á la escuela.

—A la puerta de ella nos hallamos, dijo el extranjero.

Aunque habian andado mucho camino, no se habian alejado mucho, sin embargo, por haber descrito un círculo que les habia conducido otra vez al punto de partida.

—Dáme la mano y entraremos los dos juntos, añadió el desconocido.

Por primera vez le chocó al muchacho el acento de su compañero, en el cual no se habia fijado bien hasta entonces.

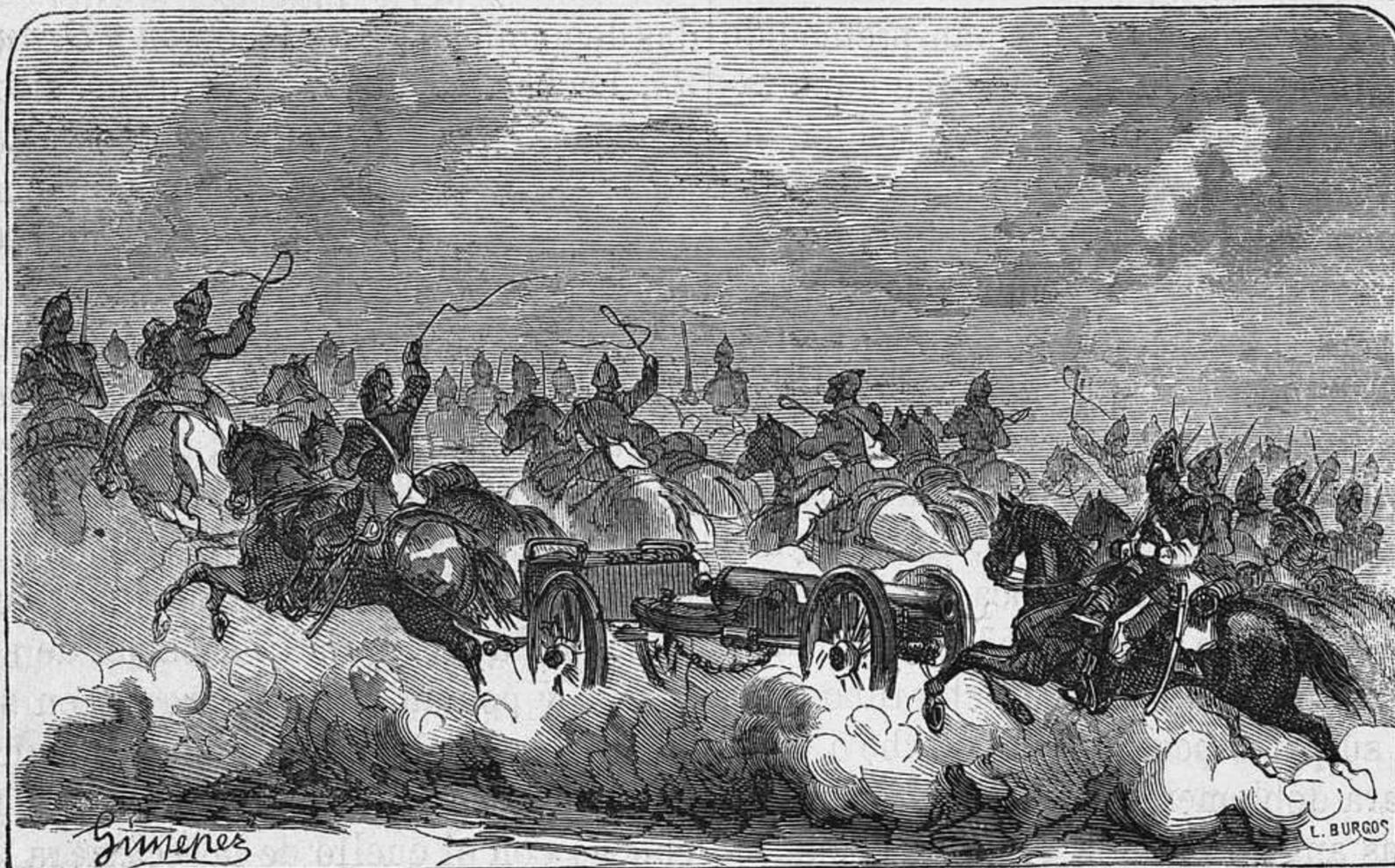
Fijó su vista en él, y ¡cuál no fué su sorpresa al encontrar el eterne parecido con el señor Trabajo! Nuestro pobre niño habia andado todo el camino con aquel mismo de quien queria huir.

Alguno de los que lean esta historia pensarán quizás que era algun mágico que podia tomar todas las formas que queria.

Sea lo que sea, la leccion aprovechó al pequeño Flor de Lirio, que desde entonces fué muy aplicado y no se entregó ni al juego ni á la pereza. Despues que hizo más íntimo conocimiento con el señor Trabajo, se convenció de que no era tan desagradable como habia creído al principio, y que una sonrisa de aprobacion del anciano maestro, podia ser casi tan dulce como una caricia de su querida mamá.

NATHANIEL HAWTHORNE.

LA ARTILLERÍA.



Artillería prusiana.

La invención de la pólvora data del año 85 de la Era cristiana.—Tuvo lugar este prodigioso invento en China, y le usó contra los tártaros el rey Vittey, según dice Fray Andrés de Aguirre en su relato de las maravillas chinas.

Los árabes, herederos de la brillante civilización antigua y depositarios de la restauración científica, fueron los primeros que en el continente europeo aplicaron la pólvora á sus ingenios de guerra, y los españoles, á imitación de aquellos, introdujeron desde un principio la artillería.

Así consta en los Anales de Toledo, página 400; en los de Aragón, lib. III, capítulos III y XVI; en la Crónica general de España, folio 428, libro I, ca-

pítulos 222 y 273; en la del rey D. Pedro de Castilla, cap. XXXV, año 6.º, cap. V y año 7.º, cap. IV; en la de Don Enrique III, año 4.º, cap. I, y en las de D. Juan II, Condestable D. Alvaro de Luna y Reyes Católicos.

La artillería se conoció por entonces entre los españoles con la voz *trueno*, que viene de la palabra árabe *ar-raa-dat*, que significa lo mismo, y de la que se deriva el término *algarrada*, con que continuaron designándola hasta el año 1342.

La culebrina llamada Salomónica, de calibre de á cuatro, construida en el año 1132, y las piezas traídas de Baza, existentes todas en el Museo de Artillería de Madrid, así como las que hay empotradas en los muros de las torres

del palacio de los condes de Fernan-Núñez, en el pueblo de este nombre, que también son del siglo XII, según lo acredita la lápida que hay junto á ellas, son otra prueba irrecusable contra el aserto de los que han pretendido asegurar que la artillería fué importación francesa, cuando esta nación no tuvo ni siquiera conocimiento de estas armas hasta el siglo XIV, en que empezó á usarlas, denominándolas *lombardas* ó bombardas.

Entonces los antiguos ingenios ó *algarradas* tomaron este nombre, y su forma, según la describe Andrea Radugio, historiador italiano, era un tubo de hierro con ancha boca, en la que se colocaba una piedra redonda ajustada al calibre de la pieza; dicho tubo tenía en su parte posterior, otro tubo ó recámara doblemente más largo y también más angosto que la boca, en el cual se ponía pólvora, cerrándola con un taco de madera entrado á mazo: después de lo cual se colocaba en la boca la *pella* ó *bolaño*, que así se llamaba la piedra, y se la dejaba resbalar hasta la recámara para buscar el contacto del taco. Las lombardas de grueso calibre estaban encabalgadas en cureñas, sujetas á estas por cuatro anillas por donde se ataban á aquella por medio de cuerdas llamadas sota-bragas; y se disparaban aplicando al estopin puesto en el fogón de la pieza, un bota-fuego, que entonces se llamaba *cervelerio*.

La idea de la magnitud de las piezas sedujo por entonces, creyendo que cuanto mayores fuesen sus dimensiones y de mayor tamaño los proyectiles que arrojasen, debía ser su efecto más seguro y terrible. De tal creencia nació la construcción del cañón que Mahomet II empleó en el sitio de Cons-

tantinopla, que arrojaba piedras de 150 libras, y necesitaba para su conducción treinta carros tirados por sesenta bueyes; y al mismo espíritu se debe la construcción en España de las lombardas denominadas *Banda, Gijón y Grande*, hechas en 1407, más otras siete llamadas las *Hermanas Gimonas*, en 1487, y los cañones denominados *Isla de Dios*, que tiraban balas de 100 libras con 80 de pólvora.

Una vez hecho el disparo, era preciso desatar las sota-bragas y soltarlas de las anillas de la pieza; un número proporcionado de artilleros tiraba de ella y arrastraba la *caña* ó tubo principal por la cureña, mientras otros deteniendo la recámara la sacaban de su puesto y ponían otra ya cargada en su lugar, corriendo otra vez con mucho cuidado la *caña* hacia abajo hasta encajarla con el cuello de la recámara, y volviendo á poner las abrazaderas y atar las sota-bragas, de cuya lenta operación resultaba que estas piezas solo disparaban ocho tiros en cada 24 horas.

La artillería, desde su invención hasta el día, ha adquirido notabilísima y funesta perfección. Las piezas de artillería modernas son instrumentos de guerra de tal manera perfeccionados, de tan prodigioso alcance, que la nación que posee mejor artillería tiene ya una grandísima ventaja sobre las demás. Así se ha visto en la actual guerra con Francia y Prusia, que la poderosa artillería de esta última potencia ha decidido la victoria en todas las tremendas batallas libradas entre ambos ejércitos.



Jimenez D.

L. BUKROS

LA CRUZ POR LECHO.

Puro cual una cándida azucena
Sobre lecho de zarzas adormida,
Niño duerme Jesús con faz serena
Sobre la Cruz, suplicio de su vida.

Tal en el fuego de entusiasmo ardiente,
Fruto de un corazón tierno y sencillo,
Le pintó en mudo lienzo el elocuente
Pincel de Zurbarán y de Murillo.

Y es tan bello y tan dulce al que le mira,
Y tal es el ardor que en su alma enciende,
Que, á la par que del hombre el génio admira,
El temprano dolor de Dios comprende.

¡Oh triste emblema! Con fervor profundo
Te rindo adoracion, pues tú me dices
Cuál es la dicha que reserva el mundo
A los que en otro anhelan ser felices.

¡Sí! Los amantes séres que en la tierra
Cautivos moran como en antro estrecho,
Y lidian con el mal en cruda guerra,
Sólo pueden tener *la Cruz por lecho*.

¡No veis la jóven que en edad temprana,
Por guardar el candor de su alma pura,
Cierra los ojos á la pompa humana
Y va á morir en mística clausura?

¡No veis el pobre que sereno y fuerte,
Sin torpe encono, sin envidia loca,
Ve pasar á los hijos de la suerte
Cuando hasta duro pan falta á su boca?

¡No veis el sábio que en vigilia ruda
Buscó la ciencia con empeño insano
Por trasmitirla sin error ni duda
Al hombre indocto que nació su hermano?

¡No veis el mártir, lleno de alegría,
Que puesto en Dios el alto pensamiento,
La ira de los tiranos desafía
Cuando le dan tormento tras tormento?

¡No veis la madre que el amado fruto,
Gloria y contentamiento de su casa,
Rinde humilde al Señor como tributo
Cuando la muerte sus umbrales pasa?

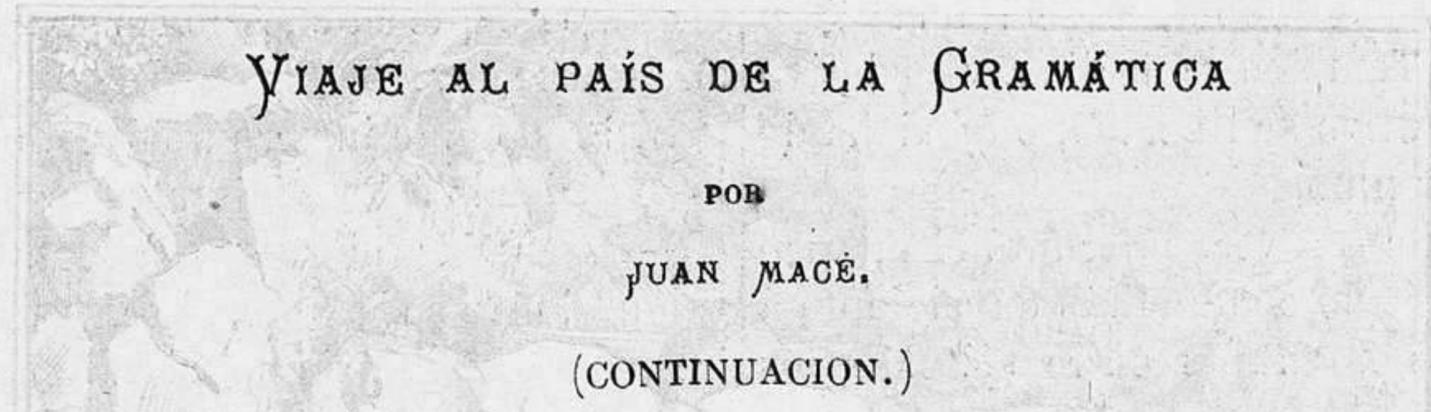
¡Y no veis el apóstol, á quien lleva
Soplo divino á la salvaje zona,
Que predicando redentora nueva
Ciñe de espinas bárbara corona?

¡No veis, en fin, á todos cuantos gimen,
Lleno de santa caridad el pecho
Que el infortunio y el dolor oprimen?
Esos tienen ¡ay Dios! *la Cruz por lecho*.

¡Ellos benditos!—Cuando el tiempo alado
Pare su giro y rápida carrera,
Y por el dedo del Señor tocado
Triste en la nada el universo muera,

Esos que duermen cual Jesús infante
Sobre una Cruz de muerte y de victoria,
Tendrán en ella en el supremo instante
Pabellon y dosel y trono y gloria.

ANTONIO ARNAO.



VIAJE AL PAÍS DE LA GRAMÁTICA

POR

JUAN MACÉ.

(CONTINUACION.)

Penetraron nuestros viajeros, seguidos del dueño de la casa, en un espacioso zaguan que daba entrada á un patio, en el cual se cultivaban varias flores. Allí encontraron tres nuevos personajes, que por la semejanza en los rasgos de su fisonomía, se conocia que eran hermanos: los tres eran jóvenes y de corta estatura.

—Aquí tienen Vds., dijo el Pronombre, á mis tres hijos, llamados pronombres personales, pues los demás pronombres conocidos son criados nuestros.

—¿De manera que solo estos tres son realmente hijos de V.? preguntó la mamá.

—Estos tres solamente: los demás son servidores suyos y míos.

Los tres jóvenes se habian acercado cariñosamente á los recién llegados.

—Van Vds. á conocerlos por sus nombres y por su carácter especial. Este primero, de aire orgulloso y satisfecho, que parece se basta á sí mismo y apenas se fija en lo que le rodea, se llama Yo, y sirve para sustituir á la persona que habla.

—Si *yo* soy orgulloso, dijo el aludido, bien sabes, papá, que no es sin motivo; pues no hay nadie que me aventaje, y debo ser siempre el primero, aunque la cortesía me obligue casi siempre á ceder el primer lugar.

—¡Ah, picaruelo! Bien sabes en cuánta estima te tiene todo el mundo, dijo

el padre sonriendo. Este buen muchacho, continuó volviéndose á los viajeros, varía de nombre, segun el *caso* de la declinacion. Así es que en nominativo se llama *Yo*, en genitivo *mi*, y en dativo y acusativo tan pronto *mi* como *me*. En el número plural, esto es, cuando ha de sustituir á diferentes personas, se llama *Nosotros* ó *Nosotras*, segun el sexo. Sobre esto no entraré en explicaciones, pues supongo que el niño sabrá cuanto hay que saber.

—Sí, contestó el niño; bien sé cuando hay que decir *Yo quiero*, *Juan me estima*, *esto es para nosotros*, pues ya me han enseñado á declinar los pronombres.

—Perfectamente. El segundo es aquel otro de semblante cariñoso y complaciente: se llama *Tú* y ocupa el lugar de la persona á quien se habla. También toma diferentes nombres de la declinacion, pues en nominativo y vocativo es *tú* y en los demás casos *tí* ó *te*. Cuando se habla á diferentes personas, esto es, en plural, llámase *Vosotros* ó *Vosotras*, y por abreviatura *vos* y *os*, así como su primer hermano abrevia diciendo *nos*.

—Como cuando se dice «Yo os quiero á todos,» ¿no es así? preguntó el niño.

—Cabalmente, contestó el Pronombre. Por último, el tercero de mis hijos es aquel de rostro indiferente y frío: sirve para designar la persona ó cosa

de quien se habla, y se llama *El* ó *Aquel*. Tambien se declina, y en dativo es acusativo se llama *lo*, ó *la* si ha de ser femenino.

—Vamos á ver, preguntó el mágico al niño, ¿no confundirás en adelante á los tres hermanos entre sí? Míralos bien.

—No tenga V. cuidado, nunca los trabucaré: sé distinguirlos perfectamente.

—De manera que para decirme que soy un hombre amable, ¿cómo te arreglarías?

—Diria «Usted es un hombre amable.»

—¿*Usted*?... ¿Qué pronombre es ese? ¿A qué persona se refiere, á la segunda ó á la tercera? Hasta ahora no se nos ha hablado de él.

El niño se quedó parado y confuso, y no encontró nada que contestar. El mágico se sonrió, y por último le dijo:

—No te devanes les sesos, porque la contestacion no está á tu alcance. Tú has respondido perfectamente al decirme «Usted es un hombre amable.» Es un vicio de nuestra Gramática, introducido por la cortesía y la buena educacion, que para hablar con mayor respeto á una persona emplea ese rodeo. La palabra *Usted* es una contraccion de *Vuestra merced*, así como *Usia* lo es de *Vuestra Señoría*. Del mismo género son las frases *Vuestra Excelencia* ó *Vuecencia*, *Vuestra Alteza*, *Vuestra Magestad* y otras que se emplean en lugar del sencillo pronombre *Tú*, que se ha dejado para hablar á nuestros iguales ó inferiores, y para las personas de toda nuestra confianza.

—¿Y eso por qué?

—¡Ah! El por qué de esa escentricidad pregúntaselo á la costumbre ya

inveterada, que en cuestiones gramaticales hace ley.

El Pronombre interrumpió este diálogo diciendo á los viajeros:

—Pasen Vds. si gustan descansar al salon, donde podrán sentarse, y allí les iré presentando toda mi servidumbre.

Pasó la comitiva á un salon espacioso, en el cual nuestros viajeros se sentaron en blandos cogines.

El dueño de la casa estendió el brazo para tirar del cordon de la campanilla; pero el mágico le detuvo diciendo:

—No merece la pena de que se moleste V. en presentarnos uno por uno á sus criados. Basta con que V. nos diga cómo se llaman y en qué los emplea.

—Bueno, me es indiferente. Mis servidores son de cuatro categorías, los *demonstrativos*, los *posesivos*, los *relativos* y los *indeterminados*. Los demostrativos se emplean cuando hay necesidad de señalar una persona ó cosa, de manera que siempre tienen la mano estendida hácia algun objeto: son tres, *Este*, *Ese* y *Aquel*. El primero sirve para señalar lo que está mas cerca de nosotros, como por ejemplo, *este* sofá en que estamos sentados: el segundo para señalar una cosa algo mas apartada: «*Esa* es mi capa, *ese* hombre no es lo que parece.» El tercero para hablar de lo que está lejano, como si decimos: «*Aquel* tiempo ya pasó.»

—Una duda me ocurre, interrumpió la mamá. Si son pronombres, ¿cómo en lugar de sustituir á un nombre, van por lo general unidos á él como si le calificaran lo mismo que los adjetivos?

—Señora, estos, lo mismo que otros de quienés hablaré despues, aunque se llamen pronombres, no lo son en el

sentido legítimo de la palabra, y ya sabéis que no son hijos míos, sino mis servidores. Sin embargo, también muchas veces van solos sin que los acompañe un nombre, y en este caso ocupan su lugar. Si yo os pregunto ahora: «¿Cuál es vuestro hijo?» Me contestaréis probablemente: «Este.» Ya veis cómo no necesitan la compañía del nombre.

—Es una verdad, dijo el mágico, que tanto estos pronombres como los llamados posesivos é indeterminados, están en pleito, y lo mismo podría llamárseles adjetivos que pronombres, pues una cosa y otra parecen.

—En el mismo caso, dijo el pronombre, se encuentran realmente los posesivos, que son los que significan posesión ó pertenencia. Son cinco: *mío*, *tuyo*, *suyo*, *nuestro* y *vuestro*: los tres primeros pierden su última letra cuando hacen el oficio de adjetivos, como en estos ejemplos: *Mi padre*, *tu casa*, *su fortuna*. Ya comprenderás, amable niño, cuál es su aplicación; *mío*, señala la posesión del que habla, *tuyo*, la de aquel á quien se habla, y *suyo*, la de un tercero: *nuestro* y *vuestro*, indican comunidad de posesión. En realidad, no son más que un medio de simplificar el genitivo de los pronombres personales, pues decimos: «Esta casa es mía,» para no tener que decir: «Esta casa es de mí.»

—Lo comprendo perfectamente, dijo el niño.

—Vamos ahora á los relativos que son de un género especial en nada semejante á los otros, y que en nada se parecen al adjetivo ni al nombre, sino más bien á unas palabras que todavía no conoces, y se llaman conjunciones, porque sirven para unir y entrelazar

palabras y oraciones. Supongo que ya habrás viajado por caminos de hierro. Habrás visto en ese caso unas cadenas con un anillo á la punta, que sirven para unir ó enlazar los wagones y coches unos á otros para que todos marchen á la vez.

—Sí que los he visto, y por cierto que los criados de la estación los manejan con mucha facilidad.

—Pues bien, esos son los *relativos*, verdaderas cadenas para unir y entrelazar entre sí las palabras y los conceptos. Llámense *relativos* porque relacionan á unas palabras con otras, y se usan para referirse á la persona ó cosa ó concepto de que antes se ha hablado. Los principales son *que*, *cual* y *quien*.

Los dos primeros se usan para hacer relación á personas y cosas; el último, *quien*, solo se emplea para las personas, y así es necesario que tengas mucho cuidado en no trocarlos y decir alguna vez: «Me encontré en paseo un perro, *quien* por cierto era blanco.»

—De manera que tampoco podré decir: «El libro de quien venia hablando...»

—Tampoco es una locución correcta. Una advertencia te haré. Así como las cadenas de que antes te hablé unen siempre á un wagon con el que va inmediatamente delante de él, los relativos hacen lo mismo, y debes poner gran cuidado en no interponer otro nombre entre aquellos que te hayas propuesto unir. Hablando impremeditadamente, podría un niño decir, por ejemplo: «Mi papá ha regalado un perro á mi hermana, que tiene las orejas hasta el suelo.» Claro es que al decir que tiene tan descomunales orejas, el niño se refería al perro; pero como interpuso entre los dos á su hermana,

parece que es á esta á la que le arrastran las orejas.

—Yo hubiera dicho: «Mi papá ha regalado á mi hermana un perrito que tiene las orejas hasta el suelo.»

—Perfectamente; dicho de ese modo no da lugar á dudas.

—Y diga V., ¿no hay mas relativos que esos?

—Sí, hay otros varios, como por ejemplo, *cuyo*, que tiene tambien algo de posesivo: *cualquiera*, que como puedes observar, es un compuesto de dos palabras, y *quienquiera*. Tambien suele hacer oficio de relativo el adjetivo *cuanto*, como sucede en este ejemplo: «*Cuanto* me pidas te daré,» que equivale á decir: «Te daré todo lo que me pidas.»

Tambien los relativos se emplean para preguntar, y entonces se llaman interrogativos. En este caso los puedes comparar á un guardia civil que se acerca á un hombre de aspecto sospechoso y le pregunta: «¿*Quién* es V.?... ¿Qué hace V. aquí? ¿Cuál es el oficio de V.?» ¿Pero para qué buscar tan lejos las comparaciones? Tú mismo, como todos los niños, serás mas curioso y pregunton que todos los guardias civiles, y no habrá necesidad de explicarte para qué sirven los interrogativos, cuando bien á menudo los tendrás en los labios para importunar á tu mamá con infinidad de preguntas.

(Se continuará.)

MÁXIMAS Y CONSEJOS

Á LOS NIÑOS.

I.

Parte generosamente
tu hacienda con el mendigo,
que Dios no fecunda el trigo
para el rico solamente.

El premiará tu desvelo
con cuanto la dicha encierra;
vé que siembras en la tierra
para coger en el cielo.

II.

No llames á la puerta de tu hermano
si oyes dentro los gritos de placer,
mas si á ti llega el eco de un gemido,
entra veloz para llorar con él.

III.

Ten siempre fijos los ojos
en donde pones el pié;
quien mas mira menos ve,
y es fácil pisar abrojos.

Pisa, pues, con mucho tiento,
y observa bien adelante,
que un mal paso es un instante
y un siglo el remordimiento.

IV.

Habla poco y mira mucho
si hacer fortuna pretendes,
que las miradas recojen
y las palabras se pierden.

V.

Respeta amante á tu rey,
escucha siempre del viejo
todo prudente consejo,
y acata dócil la ley.

Y vivirás como dueño
en tu pacífico hogar,
sin que vaya á perturbar
nadie tu tranquilo sueño.

VI.

Al que te presta un favor
muéstrale tu gratitud;
esta es una gran virtud
que Dios mira con amor.

VII.

La esencia de las flores
que con deleite aspiras,
el trino de los pájaros cantores,
el aire saludable que respiras,
el agua pura que tu sed apaga,
el venturoso grano
que tus desvelos en la siembra paga,

en todo ves la generosa mano
del Dios que nos dá el sér, de todo dueño:
dále las gracias al dejar el sueño.

VIII.

La antorcha del cristianismo
te presta luz y te ayuda;
Tén fé y valor; el que duda
renegará de sí mismo.

La creencia es la verdad
que en tu corazon se anida;
la religion es la vida,
alma de la sociedad.

TEODORO GUERRERO.

LO QUE PUEDE UNA MUJER.

(CONTINUACION.)

IV.

GRANDES PRUEBAS.

Manolito dió cuenta en su viaje de toda la herencia de su tío: habituado al fausto y al derroche, necesitaba mas dinero, mucho dinero, y como tambien estaba habituado á la holganza y al vicio, no sabia ganarlo.

Desde la infancia es preciso acostumbrarse al estudio y al trabajo. De este modo se hace fácil el estudio y amable el trabajo.

Pero no teniendo esa costumbre desde los primeros años de la vida, es muy difícil adquirirla en la edad madura.

Todo se puede recobrar menos el tiempo que se ha perdido.

Manolito tenia otra cualidad, propia de los holgazanes: no tenia vergüenza.

Y no solo vivia, sin pizca de aprension, á espensas de su mujer, sino que pretendia hacer y deshacer de los bienes de ésta cuanto le viniera en mientes.

Pero Rosita, que habia aprendido ya, no solo sus deberes de esposa, si que tambien los de madre, tenia una sagrada obligacion que cumplir; tenia que defender sus intereses, no por ella, sino por su hija.

Todo cuanto sus padres le habian dado no era ya suyo: era el porvenir, la subsistencia, la felicidad de su hija, y si ella podia sacrificarse por su marido, no podia sacrificar á su hija por su marido, ni por ella misma, ni por nada del mundo.

Y comenzó en el hogar de la pobre Rosa una de esas terribles situaciones de que vosotros, inocentes lectores míos, no podeis tener idea todavía: el mari-

do, el padre, pedia ámplios poderes para administrar, hipotecar, vender, para tirar, en una palabra, por la ventana la fortuna de su mujer y el porvenir de su hija; y la esposa, buena esposa y buena madre, negaba su consentimiento, y defendía con todas sus fuerzas lo que su conciencia le mandaba defender: la que había de ser la herencia de su hija.

¡Qué terrible situación la de un matrimonio en semejante extremo!

Rosa apuraba todos los medios de vencer la obstinación de su marido; las lágrimas, el cariño, las prudentes reflexiones; pero ¿quién convence á un hombre entregado al vicio y la disipación?...

Le hacía falta dinero, y no oía, no quería oír razones.

—De nuestra renta, le decía Rosita, haz lo que quieras; buscaremos una casa que cueste menos, yo no me compraré nada, no haré gasto alguno fuera de lo preciso para comer mi hija y yo,—Manolito no comía en casa hacía ya tiempo,—no tendré criada, ni costurera... todo eso puedo hacer; pero enagenar mis propiedades, las que han de constituir el dote de nuestra hija, eso no.

—Tus padres tienen fortuna bastante para dotar á nuestra hija.

—La fortuna de mis padres no me pertenece, ni yo puedo fundar cálculo alguno sobre ella... ¡Esto es horrible! Hablar de la fortuna de mis padres es contar con su muerte... ¡Dios mío!... no creí que tan duras pruebas me estaban reservadas.

—Yo soy un hombre público, necesito sostener una posición en consonancia con mis legítimas aspiraciones: mañana subirán al poder los hombres

de mi partido, y entonces ocuparé un cargo de importancia...

—Yo creo, Manuel, que tanto más digno serás de ocupar ese cargo de importancia cuanto más modesto te presentes, cuanto más ejemplar seas en tu vida privada, cuanto más económico, prudente y previsor... Si el mérito que se busca en tí es el de que seas derrochador, fastuoso, pródigo, aturdido, en verdad te digo que no lo comprendo. Perdóname, soy una mujer, y puede que esté equivocada, puede que lo que á mí me parece absurdo sea lo lógico y regular...

A esta manera que Rosa tenía de argumentar no había medio de responder, y esto desesperaba á Manolito, que regularmente concluía estas conversaciones bruscamente, cogiendo el sombrero y saliendo de su casa para no volver en muchas horas.

Tristes horas, que Rosita pasaba vertiendo abrasadoras lágrimas, lágrimas que se apresuraba á enjugar cuando veía fijos en los suyos los ojos encantadores de su hija, llenos también de lágrimas.

Al mismo tiempo que sucedía todo esto, los padres de Rosita se hallaban llenos de alarma y pesadumbre, temiendo una gran desgracia.

D. Antonio había depositado todo su dinero, papel del Estado y toda clase de valores que poseía, en manos de un grande amigo suyo, hombre á quien conocía desde la infancia, que tenía una reputación universal de honradez, y que negociando los fondos de D. Antonio y de otras muchas personas, los hacía producir muy buenos rendimientos.

Nadie podía sospechar de aquel hombre; su reputación de honradez no era

discutida por nadie; en Madrid, donde todo se sabe y de todo se sospecha, nadie sospechaba nada del afortunado banquero, nadie se hubiera atrevido á poner en duda el estado próspero de aquella casa y la buena fé de su jefe.

Una persona habia, sin embargo, que sospechaba del banquero; pero estaba tan unida á él, que no le podia delatar: esta persona era el mismo hermano del banquero.

Sabia que D. Antonio tenia en poder de su hermano su fortuna, y estimaba demasiado á D. Antonio para ver impasible su ruina, para no avisarle de alguna manera; y ya que no podia ir personalmente á advertirle del peligro, escribióle una carta sin firma en que le hacia ver la conveniencia de retirar sus fondos de la casa donde los tenia, porque esta casa, comprometida en la crisis financiera de aquella época, podria hallarse en circunstancias difíciles.

D. Antonio creyó que aquel era un anónimo infame, al que no debia darse crédito; pero Lucía, con ese poderoso instinto de la mujer, tembló al leerlo y le dió crédito.

Dispúsose D. Antonio á seguir el consejo que se le daba; pero hallándose ausente de Madrid el jefe de la casa no pudo lograr su deseo.

—Pronto debe volver, le dijeron; hay carta suya que avisa su llegada en breve.

Pasaron diez dias de angustia para los pobres esposos, y el banquero no volvía. El undécimo dia, ya no habia lugar á dudas; corrió por Madrid, causando profunda sensacion, la noticia de que el banquero se habia fugado y embarcado con destino á América.

Renuncio á describir el dolor de los infelices padres de Rosita, que se veian

privados de cuanto poseian y reducidos á una vida estrecha y azarosa.

Y lo primero que dijeron ambos fué que era preciso ocultar á su hija aquella desgracia.

Ella hubiera querido partir lo que tenia con ellos, y ellos no querian de ningun modo que mermara la fortuna que habia de ser de su nietecita.

Pero D. Antonio no pudo resistir aquel golpe y cayó gravemente enfermo, estando muchos dias entre la vida y la muerte.

Rosita voló al lado de su padre, y no sospechó la verdad de lo que pasaba.

La profunda tristeza de su madre estaba perfectamente justificada con la enfermedad de D. Antonio.

Un dia, ya estaba mejor su amantísimo padre, llegó Rosita con los ojos abrasados por el llanto, y sin poder ocultar que traia un gran pesar.

Preguntóle su madre alarmada, y ella negó.

Pero Angela, la niña, aprovechando un momento en que su madre habia entrado en la alcoba de D. Antonio, dijo á su abuelita:

—Papá tiene la culpa.

—¿De qué, hija mia?

—De que mamá haya llorado.

—Pues ¿qué ha pasado?... Ven aquí, me lo vas á contar, hija mia.

—Papá ha cogido de la mano á mamá... así... y la ha hecho daño.

Y la niña cogia con su manita delicada el brazo de su abuela, queriendo imitar la accion infame de su padre.

—¡Dios mio! exclamó Lucía, comprendiendo que habria habido una escena horrible entre su hija y su yerno.

—Papá nos hace llorar mucho..... continuó la niña inocente,... porque yo,

cuando mamá llora, lloro tambien..... Nunca le veo contento á papá... Si vieras, abuelita, qué envidia tengo á la niña de enfrente, que siempre la veo tan contenta, y todas las tardes sale con su papá y su mamá... Yo no salgo nunca con papá... y mamá no hace mas que llorar.

Las palabras sencillas y elocuentes de la inocente niña traspasaban como si fueran agudos puñales el corazon de la buena madre, que se olvidó de su situacion, del estado de su mismo marido, para no pensar mas que en el infortunio de su hija.

Aquella misma tarde encerrose con esta en una habitacion, y la hizo confesar lo que pasaba.

Las exigencias de Manolito eran cada vez mas apremiantes; queria que le autorizase á hipotecar ó vender alguna finca, porque no le bastaba la renta que producian los bienes de Rosita, y aquel dia habia llegado al extremo, en su ceguedad, de amenazarla y usar de violencia con ella.

Rosita, que tanto tiempo habia resistido, no habia podido resistir mas, y habia firmado autorizacion para hipo-

tecar ó vender una posesion, es decir, habia dado un paso definitivo en el camino de la ruina y la miseria.

Lucía quedó abrumada bajo el peso de aquella tremenda revelacion.

—¡Dios mio! exclamó. ¡Tú tambien te verás arruinada, hija mia!

—¡Tú tambien!... repitió Rosita con extrañeza.

La madre quiso desvanecer la impresion que en su hija habia hecho la frase, pero no pudo. Rosita habia sospechado ya que algo extraño pasaba en casa de sus padres, habia oido hablar de familias arruinadas por un banquero, que sabia ella que era amigo de su padre,... y así como su madre la habia obligado á hacer la revelacion del inícuo proceder del mal marido, ella estrechó de tal manera á su madre, que esta no pudo ocultarle la triste verdad, bien que la quiso persuadir de que todavía les quedaba para vivir decorosamente.

—Han llegado para nosotros, ¡oh, madre mia! los dias de prueba, dijo Rosita. Tengamos confianza en Dios.

—Sí, hija mia. El nos protegerá.

(Se continuará.)

EULALIA LA AVARA.

Eulalia tenia talento y mucha sensibilidad, pero estas cualidades estaban oscurecidas por un gran defecto; ¡era avara! ¡Ser avara una niña á los diez años es cosa increíble! Este feo defecto, el único que no puede tener excusa, hacia que no fuera dichosa. La pobre no conocia la dicha sin igual de hacer bien; su buen corazon la impulsaba á socorrer á los pobres, pero era

mas poderosa su aficion al dinero, y despues de pensarlo mucho, acababa por no hacer el bien que podia haber hecho.

La nodriza que habia criado á Eulalia, casada con un honrado carpintero, se estaba muriendo de resultas de una larga enfermedad; Eulalia iba todos los dias á ver á la pobre mujer. Los médicos no pudiendo salvarla, habian resuelto

que se satisficieran todos los deseos de la enferma, los cuales eran muchos. Cuando la niña encontraba en su casa lo que podia gustarle á su buena nodriza, se lo llevaba enseguida, pero si queria alguna cosa que fuera menester comprar, no tenia nunca la generosidad de procurárselo á aquella mujer que tanto la queria.

Un dia Eulalia encontró á la enferma mas agitada é inquieta que de ordinario.

—¿Qué tienes hoy, mi querida Petra? le dijo; me parece que estás disgustada.

—Hija mia, no me atrevo á decírtelo, es una verdadera niñería.

—No importa.

—Pues bien, es que tengo mucha gana de comer salmon, y lloro porque no puedo satisfacer ese deseo.

—¿Te lo ha prohibido el médico!

—No tal.

—¿Por qué no lo comes entónces!

—¡Ay, mi querida niña! Porque el salmon es muy escaso en esta estacion. Seria gastar mucho dinero para unos obreros como nosotros, pues estará ahora el salmon á 30 ó 40 reales.

—Consuélate, que no siempre estará caro.

—¡Sí! pero entónces, ¿en dónde estaré yo!

Y la pobre mujer lloraba al hablar así. Sus lágrimas impresionaron á Eulalia; al volver á su casa se informó de si habia salmon, y como la respuesta fué negativa, se fué á su cuarto, y sacó de un cajon de la cómoda un cofrecito cuya llave llevaba siempre al cuello. Le abrió, y contempló con cierto deleite el pequeño tesoro que contenia. Su corazon latia de alegría al tocar todas aquellas pequeñas monedas de pla-

ta. Las puso sobre la mesa, las miró, las contó y las volvió á contar, y se le olvidó completamente el principal motivo que la habia llevado á abrir el cofrecillo.

Por fin acabó por colocarle en su sitio, y entonces fué cuando se acordó de su nodriza. Tomó suspirando tres pesetas nuevecitas; pero en el momento de cerrar la caja, se arrepintió, y fueron otra vez las monedas á reunirse con las otras. Al otro dia tomó del aparador un plato de magníficas fresas; las echó azúcar, y se las llevó á la enferma.

—Muy buenas son, dijo esta mirando á la niña; pero yo, hija mia, no tengo gana mas que de salmon; durante toda la noche he estado pensando en él. ¡Moriré sin probarlo!

La niña entró en su casa, bien resuelta esta vez á dar aquel gusto á aquella que la habia cuidado con tanta ternura en su infancia. Abrió otra vez el cofre, sacó las tres pesetas y las guardó en el bolsillo.

De cuando en cuando metia la mano en él para tener el placer de sentir el contacto de las tres monedas; despues se dijo á sí misma que bien podia aguardar al otro dia para comprar el salmon, y que quizás se le habria pasado á la buena mujer aquel capricho.

¡El dia siguiente la enferma habia muerto!

Eulalia quedó llena de sentimiento por no haberla dado lo que deseaba, y que sin duda esperaba de aquella niña á quien habia prodigado tantos cuidados. La mirada suplicante de la enferma la perseguia por todas partes, y despertó en su conciencia remordimientos saludables que la corrigieron de su avaricia.

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

La verdad, en pensamientos, palabras y obras, es un compendio de todas las virtudes sociales.

El hombre se extravía en las revueltas del mundo físico y en los sofismas del mundo moral, en busca de un bien que lleva, sin saberlo, en su corazón.

La Fortuna es un mimen a quien niegan los venturosos (por ingratitude) y a quien todo lo atribuyen los inapaces (por impotencia).

El que denigra y vilipendia a las mujeres, reniega de su madre.

E. Florentino Sánchez

El autor de la página autógrafa que publicamos hoy, es uno de los escritores más considerados entre las personas ilustradas y en la república literaria.

Ha escrito poco, á lo menos ha presentado pocas obras al público, pero estas han bastado para merecer su autor uno de los primeros puestos entre los más celebrados escritores.



Aquí tienen Vds. un niño bueno y que merece los mejores elogios por su conducta.

El sabe ya leer de corrido y todo su afán es que su hermanito menor sepa también, enseñándole él. Tiene empeño en que cuando el hermanito vaya a la escuela, y el maestro le quiera enseñar el A B C, pueda contestarle el niño:

—Señor maestro, eso ya me lo ha enseñado mi hermano,—y le lea de corrido la fábula más larga de Samaniego.

Sus dos obras teatrales son *D. Francisco de Quevedo*, drama popularísimo y de excelente estructura y delicado saber histórico, y *Achaques de la vejez*, comedia de elevadas tendencias, llena de verdad, de interés y de bellezas de pensamiento y de estilo.

Ha publicado también muchas notables poesías.

Mucho le agradecerían las letras españolas que rompiese su obstinado silencio y diera al público alguna obra más para añadir un nuevo lauro a su corona de poeta.



—¡Qué bonito! ¡Qué bonito!... Con el sol, ¡qué colores tan bonitos se ven en las bombitas de jabon!

—Lo malo es que lo bonito se acaba muy pronto.

BALADA.

LA DESPEDIDA DE UNA HIJA.

—Ay madre, ¿por qué la flor que hoy nace hermosa y lozana, al rayo de otra mañana pierde su forma y color?

—Hija mia, el alto sér á quien adoras rendida, los misterios de la vida no nos deja comprender.

Hoy vives, pero mañana puedes, hija de mi amor, perder la vida el color, como la rosa lozana.

—¿Y el alma que siento en mí?

—Es de la flor el perfume.

—El viento lo lleva...

—Sí.

Pero jamás lo consume. Muere la flor, y su esencia del mortal para consuelo, huye como la existencia, á su patria, que es el cielo.

—¡Ah!... ¿no parece?

—Jamás,

vive cual la luz del dia.

—Si me muero, ¿me verás?

—En el cielo nada mas.

—Hasta el cielo, madre mia.

JULIO NOMBELA.